

## El Padre de Amor

*Meditación de Iván M. Baker, 14 de septiembre de 2000*

Es de madrugada y estoy aquí en el comedor esperando recibir alguna palabra del Señor.

Padre, entro en tu lugar secreto por el camino abierto por el nuevo pacto; aquel pacto mucho más precioso que el primero sellado con sangre de animales, sino un pacto sellado con la sangre y el dolor de Uno obediente y santo que no tenía que morir; que era totalmente sin culpa. Ese perfecto Hijo de Dios, concebido aquel día en Belén cuando la virgen recibió la noticia de que sería madre de un hijo engendrado no de hombre, sino de Dios. ¡Qué milagro ocurrió ese día cuando estas palabras fueron dichas! *“Y la virgen dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jeshua, Jesús, que quiere decir Salvador, porque Él salvará a Su pueblo de sus pecados”*

Qué ignorancia la de Israel que no entendió el nuevo pacto. Si el pueblo hubiera dado un poco de atención a la Palabra, habría entendido que así como el antiguo pacto fue sellado con sangre el segundo no podía ser sin sangre. En el primer pacto era vertida la sangre de corderos, de machos cabríos, pero el nuevo pacto fue sellado con la sangre del Hijo de Dios.

Dios no encontró a nadie, ni ángel ni ningún ser creado que pudiera ser sacrificado en representación de la humanidad, porque ¿Puede alguna criatura hecha por Dios llevar el pecado de la humanidad? ¿Puede acaso un ángel llevar esa responsabilidad? Los ángeles son siervos del Altísimo, siervos del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; no son humanos, son de otra creación. ¿Qué relación podría tener un ángel con el hombre? Para la redención, hacía falta un sustituto perfecto, pero no lo había, *“todos se han corrompido, todos a una se han hecho inútiles”*, todos los seres que podían representar al hombre están manchados, son pecadores, *no hay justo, ni aún uno*. ¡Ninguno! Si hubiera Dios encontrado algún justo, ese podría haber muerto por el pecado de la humanidad pero no se encontró ningún justo. Así como dice la Palabra: *“El pecado entro en el mundo por un hombre y por el pecado vino la muerte y la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron, no hay justo, ni aún uno”* No puede un ángel llevar la culpa de un hombre; sólo un hombre puede llevar la culpa de otro hombre. La deuda de alguien que debe mucho dinero sólo puede ser saldada por otra persona que no debe nada. Sólo el inocente puede pagar por el culpable. No había ningún inocente entre los hombres que fuera libre de pecado. Era necesario tener un sacrificio sustitucional; un hombre perfecto, sin pecado y sin mancha tenía que morir.

¿Cómo hace esto Dios? ¿Como vino al corazón de Dios la redención? Mil veces habrá Dios rechazado esta responsabilidad y mil veces le habrá venido de nuevo a su corazón que como única puerta de escape, como única solución, como único paso para satisfacer su justicia y quitar el pecado del hombre, era necesario que Él creara en si mismo un nuevo hombre, un hombre real de carne y hueso, con espíritu y corazón, pero no como el hombre caído sino como el primer hombre, Adán.

Esta es la increíble historia de que Dios mismo se encarna en una mujer y nace un verdadero hombre, pero engendrado y creado del Espíritu Santo, por lo tanto santo y sin pecado.

Dios anunció en Jeremías un nuevo pacto, *"Haré un nuevo pacto con Israel después de estos días dice Jehová"* no como el anterior, sino un pacto nuevo, un pacto diferente, un pacto perfecto, fin de todo el antiguo pacto, que era el último que Dios hacía con el hombre.

El primer pacto de alguna manera nos llevaba al segundo y aunque este segundo había sido ya ordenado aún no era realizado. A la espera que este último pacto fuese cumplido, Dios dio un pacto de sangre sustitucional, simbólico y representativo que sacrificaba sobre el altar de Israel miles y millones de corderos, de becerros de machos cabríos elegidos cada año por Dios en anticipación al pacto final. Israel y la humanidad entera iban siendo llevadas al tiempo cuando Dios sustituiría el primer pacto y establecería el nuevo eternamente. Este nuevo pacto que ya no sería más en figura y sombra, sino en una terrible realidad de hechos consumados. Dios hecho carne en una mujer moriría y derramaría su sangre por los pecados de la humanidad.

Y ese hombre creado por Dios, verdadero hombre, verdadero Dios, santo hasta lo sumo tomó sobre sí la responsabilidad de salvarnos, saliendo al patíbulo a morir. No hacía falta la intervención de ningún hombre para que Jesús muriera; no hacía falta ni la burla ni los escarnios, ni toda esa terrible avalancha de negrura, de pecado y de odio que el diablo colocó sobre los hombres para destruirlo, sino que Jesús mismo se prestó a eso, se entregó sumiso a las manos de ellos porque para eso había venido; para morir y ser sacrificado. No hacía falta que el Padre levantara el cuchillo en contra de Jesús, sino que Dios usó la increíble ceguera y el odio de los hombres encendidos por el poder del diablo para inmolarse al Cordero de Dios, ya que una cosa era cierta, el Cordero debía ser inmolado, ya sea por la espada del Padre o por la de los hombres. Y aunque jamás alguien se imaginó que serían los propios hombres los que se ensañarían y matarían al inocente Cordero de Dios, fue la furia de Satanás y la maldad del corazón humano, del corazón de la nación de Israel – cargada de bendiciones, de pactos y del favor del Altísimo – la que llevó la culpa de la sangre del inocente Hijo de Dios. Si ningún hombre hubiera puesto la mano en contra de Jesús, la misma justicia de Dios hubiera atravesado Su corazón y la espada de la justicia y de la indignación de Dios por el pecado del hombre habría caído sobre el Cordero de Dios, muriendo el inocente por los culpables sin mediación de hombre.

Pero muchos de los hombres por quienes Jesús murió aún no se arrepienten de su pecado; aún no adoptan la actitud que todo hombre debiera tener al oír el evangelio de Cristo; esa actitud que vemos en los hombres que recibieron el mensaje a través de Pedro en el primer discurso que él dio después de Pentecostés diciéndoles: "Vosotros habéis matado al Santo" Y ellos respondieron "¿Qué haremos?" y Pedro les dijo con otras palabras "No se preocupen, Dios perdona su pecado porque para eso vino Jesús; entréguense a Él ahora, entreguen su vida, su ser, su corazón, su alma, su cuerpo a Jesús en sacrificio vivo y serán perdonados de este gran pecado y recibirán la vida, la inmortalidad y la bendición a través del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. ¿Qué pecado perdona Dios? ¡Todo pecado! Aun el pecado de extender la mano, burlarse y contribuir con la muerte del Hijo del Hombre y manchar las manos con la sangre del inocente Cordero de Dios, es perdonado por nuestro Dios de amor y de misericordia.

Aunque no está escrito en ninguna parte, yo siempre entendí que la historia de Abraham e Isaac era en alguna medida un anticipo de lo que iba a suceder con el Padre y Cristo; que el sacrificio a Isaac era un modelo del sacrificio que Dios había ordenado en Cristo.

Es una figura muy parecida a la del Padre Eterno subiendo al monte con el Hijo, así como el inocente Isaac fue llevado por su padre. Qué historia notable y fuera de toda razón y concepto, que Dios le diga a Abraham *"toma a tu hijo, a tu único hijo y sacrificalo en el monte que yo te diré"* y Abraham ensilló el asno, puso la leña, tomó a Isaac y emprendió el camino. ¡Qué pensamientos horribles deben haber pasado por la cabeza de ese padre!, sin embargo la voz de Dios era fuerte y clara. Abraham se preguntaba, *"¿Por qué debo sacrificarlo? No lo sé, pero Dios me lo pide y debo cumplir y obedecer todo lo que me dice el Altísimo"* Pero a su vez Abraham sabía que en ese hijo había sido hecha la promesa de Dios y pensaba *"Se hará un milagro, va a resucitar a Isaac de los muertos, porque Dios me dijo que en este hijo sería el nacimiento de una nueva raza y que este hijo sería el precursor de una nueva generación bendecida por Dios; de Isaac saldría Israel. ¿Será que Dios lo quiere cortar de la vida para que después se vea el milagro de su resurrección?"* ¡Qué pensamientos habrá tenido! Pero Abraham estaba cierto que se cumplirían las promesas de Dios. ¡Qué hombre notable que creyó a Dios hasta aún el sacrificio de su propio hijo!

Y ahí llegaron a la cima, Abraham cuchillo en mano *"deteniendo su mano con el cuchillo levantado"* Dios le dijo *"no le hagas ningún mal, yo he visto que no me niegas ni aún tu hijo"* y no hubo necesidad de tocar a Isaac porque Dios proveyó un animal para el sacrificio. No se dice nada en las Escrituras sobre el hijo, Isaac, si es que cuestionó el hecho de ser atado y puesto sobre la leña. ¡Qué sorpresa para el muchacho y cómo habrá sido ese momento! La Palabra no dice que Isaac escapó, ni tampoco que luchó; era figura muy parecida o casi igual a la del Cordero de Dios cuando sumisamente se entregó en las manos de sus adversarios que lo mataron.

No fue la cruz ni los clavos los que mataron a Jesús, porque cuando murió en la cruz, el centurión se maravilló de la muerte tan rápida que tuvo, ya que los que eran crucificados agonizaban horas y horas, pero Jesús después de exclamar a gran voz *¿Padre, por qué me has desamparado?* recibió la muerte no por hombres, sino por la espada de Dios que le atravesó el corazón. El sacrificio fue hecho, el clamor de la cruz fue cumplido, la espada del Espíritu del Altísimo atravesó el pecho del Hijo cargándole con todos los pecados de la humanidad sellando ahí el nuevo pacto con sacrificio mejor que el de corderos y machos cabríos ofrecidos en un altar sino el pacto de la sangre del Cordero de Dios ofrecida a toda la humanidad. Como dice Juan *"este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo"*

El Justo murió por los injustos para llevarnos a Dios. Dios permitió que el hombre hiciera lo que quisiera con Jesús; permitió la corona de espinas, permitió que sus rodillas fueran dobladas en burlas, permitió las palabras soeces de los soldados y la violencia humana para destruir al Hijo, quien era seguido de cerca por el diablo.

Jesús no murió por los clavos, Jesús murió por la indignación de la espada de Dios que atravesó Su corazón dándole muerte y haciendo brotar sangre y agua de su costado. Dios mismo sacrificó a la víctima perfecta; el Cordero perfecto que quita el pecado del mundo: *"El pecado entro en el mundo por un hombre y por el pecado vino la muerte y la muerte"*

*pasó a todos los hombres por tanto todos pecaron”, pero por un sólo hombre a través de un sólo tremendo y perfecto sacrificio, que sacia y satisface totalmente el corazón de Dios, hace justicia de tal manera que el justo murió por los injustos para llevarnos a Dios y “al que no conocía pecado, hizo pecado por nosotros para que nosotros fuésemos hecho justicia de Dios en Él” ¡Esa justicia tan cara, tan terriblemente cara!*

¿Quién puede saber cuánto le costo al Padre? Le costó tantas lágrimas, tantas cavilaciones terriblemente grandes y profundas; consternación y tristeza pero obediencia y cumplimiento del deber.

Dios se impuso salvar al hombre con toda justicia; con la justicia al máximo de la demanda; con la verdad en su máxima expresión; con la limpieza de un juicio perfecto; con la constitución de una puerta de salvación que le permite al hombre, a pesar de su culpabilidad, ser perdonado. ¡Oh Dios, qué tremendo! ¡Qué tremendo sacrificio! Gracias te doy por semejante sacrificio; gracias te doy por semejante amor; gracias te doy por semejante precio que pagaste. Padre, ¡Qué maravilla de amor!

Dios mismo te desamparó Jesús para ampararme a mí; Tu sangre en don de expiación vertida para mí. Y la cólera, el enojo y la indignación de Dios cayeron sobre la criatura de su Hijo cargándole con el pecado de toda la humanidad, de todos aquellos que serían salvos.

No se derramará una gota de sangre de Jesús en balde; no se desperdiciará sangre tan valiosa porque ella alcanzará para el último redimido. El murió por toda la humanidad porque Dios no desperdicia la sangre de Cristo; Su muerte y Su resurrección serán garantía de suficiente gracia para salvar a todos los que se rinden a Él y obedecen el llamado del evangelio.

Qué carga inmensa Oh Señor fue puesta sobre ti  
Tú padeciste por amor el mal que merecí  
Cuando en la cruz Señor Jesús moriste en vez de mí  
Tu santa bala Dios blandió hiriéndote a ti

Dios mismo te desamparó para ampararme a mí  
Tu sangre, en don de expiación, vertiste tú por mí  
Y la cólera del Santo Dios cayó sobre ti  
Dios mismo te desamparó para ampararme a mí

Por tu honor, Oh Salvador, la ira para mi;  
Por mí Señor moriste tu, por tanto en ti morí  
Tu vivo estás y vivo yo, no hay muerte para mí  
Y por tu honor, Oh Salvador, hay gloria para mí.

¡Qué narración! ¡Qué historia! ¡Qué amor! ¡Qué misericordia! Cuando llegó el momento del sacrificio, Dios prefirió al pecador antes que a su Hijo, e hirió a su Hijo atravesándole con la espada de la justicia de Dios, de lado a lado, muriendo el inocente en lugar del culpable.

Dios ha abierto puerta a través del velo, que es el Cuerpo de Cristo, a través de la sangre derramada, hasta la misma presencia íntima en los lugares más íntimos del Padre; ha abierto la puerta hasta el Lugar Santísimo, donde mora Dios; ya no dentro de un tabernáculo terrenal sino en el tabernáculo celestial. Y ahora nosotros tenemos libertad para entrar en el Lugar Santísimo, por el camino nuevo y vivo que Dios nos consagró, por el velo que es la carne de Cristo y por la sangre del Cordero de Dios "*Entremos pues con plena certidumbre de fe, lavada la mente de mala conciencia y lavados los cuerpos con agua pura*" Entremos hasta lo íntimo y lo profundo donde nadie puede entrar; inclusive los ángeles no pueden llegar hasta donde llega un redimido, porque un redimido es el objeto del amor de Dios; el redimido es quien recibe el valor del tremendo sacrificio de Cristo, el beneficio de la liberación; el redimido, que habiendo estado en la cárcel, ahora prueba el cerrojo corrido y la cárcel abierta, deleitándose en su redención, en el beso y el abrazo del Padre, en el parentesco con el Padre. Ya no somos solamente salvados de la perdición, sino somos hijos, verdaderos hijos, joyas celestiales, "*he aquí yo y los hijos que Dios me dio*" Ya no somos una horda de pecadores perdidos sino un Reino de sacerdotes que odia el pecado y odia el mundo.

¿Cuál es, entonces la reflexión que debemos hacer? Apartémonos de todo pecado y contaminación. ¿Qué fue lo que crucificó a Jesús? El pecado nuestro. ¿Qué es lo que glorifica a Jesús? Nuestra santidad.

No puede el creyente permitir voluntariamente que sus pasos transiten por el precipicio cercano al mundo, proponiéndose no caer, pero si aprovechando la doble felicidad; la felicidad del Reino Santo que no quiere perder, pero también la felicidad del mundo que lo rodea. Esa persona siempre alega que no puede salir del mundo o que es una exageración ser tan santo y acepta voluntariamente una menor santidad que la que Dios propone. ¡Qué cosa tan seria es esta!

Frente a semejante sacrificio de Cristo, que enfrentó el patíbulo, la cruz y la muerte, Dios me pide la miseria de vida que tengo para que la entregue a Él; me pide que huya del pecado, que salga de en medio de los del mundo y no toque lo inmundo. Nada del mundo ni de lo que alegra al mundo puede alegrar mi corazón; nada de lo que es para el mundo precioso, puede ser precioso para mí. Lo que el mundo llama precioso, yo lo tengo que considerar abominable; lo que el mundo aprueba yo lo debo desaprobar de corazón y de mente, negándome a ello porque Dios quiere un pueblo suyo, propio, celoso de buenas obras.

*"Salid de en medio de ellos y apartaos y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré"* !Qué palabras fuertes y claras! No puedo hacerme amigo del mundo y también a la vez amigo de Dios. El mundo llevó a Cristo a la cruz e hizo a Dios gemir y lamentarse. ¿Cuál es la alegría del Altísimo? Ver un pueblo santo, separado de los pecadores; pueblo propio celoso de buenas obras.

Oh Dios, en el nombre de Jesús, ayúdanos a entender, ayúdanos a humillarnos, ayúdanos a orar, ayúdanos a buscar el rostro del Señor; ayúdanos a convertirnos de nuestros malos caminos.

El Señor sea glorificado en un pueblo santo y que nosotros como pastores podamos cooperar en edificar su Iglesia de acuerdo a Su voluntad, según el techado que Él ha establecido y satisfaciendo profundamente el corazón del Padre.

Regocijémonos en una sola cosa, en entender y conocer a Dios.

Amén.